

Caride, Horacio (noviembre 2004). *La radio en la Argentina (II) : El pulmón de las noticias*. En: Encrucijadas, no. 28. Universidad de Buenos Aires. Disponible en el Repositorio Digital Institucional de la Universidad de Buenos Aires: <<http://repositorioubasibsi.uba.ar>>

La radio en la Argentina (II)

El pulmón de las noticias

La era de la imagen encanta e hipnotiza al público, pero a la hora de informarse, éste afortunadamente cree más en el relato directo de los protagonistas. Y ante casos de sucesos de gran interés, elige informarse por la radio. La radio es un pulmón informativo fundamental, que retroalimenta a los otros medios. Horacio Caride y Diego Colombres analizan las características y la actualidad del periodismo radial.

HORACIO CARIDE

Lic. en Comunicación, UBA. Periodista en radio Mitre y el diario Río Negro.

El periodismo radial encuentra desde su génesis un obstáculo difícil de superar: ¿Cómo informar con veracidad y profundidad en un formato dominado por el vértigo de la inmediatez?

Las transmisiones de canales televisivos de noticias tienen la misma dinámica con la notable diferencia de que cuentan con un soporte fascinante: la imagen.

La imagen en radio es la palabra. Utilizar una batería de recursos lingüísticos, acompañando los sonidos y las voces de la escena social, lleva a los hogares eso llamado "realidad".

En cuanto a la celeridad, supone un desafío similar al de las agencias de noticias, pero con la salvedad de que en este caso se enfrenta a diario a un público (oyente) con el que se establece un vínculo emocional muy especial.

El cronista radial describe lo que ve, al mismo tiempo que transmite sensaciones (una emoción individual y colectiva). Interpela y es interpelado por una tribuna virtual que espera sentirse protagonista de la noticia. Es una suerte de ambulanciero de la realidad. Atraviesa contrastes tales como un piquete, un asalto con toma de rehenes, la guardia periodística en Tribunales o el abordaje mediático a algún funcionario. Todo por el mismo precio y en cuestión de horas.

Los contrastes son interesantes como experiencia profesional. Al cruzar las diferentes realidades sociales se pueden tener mejores elementos, que permitan un acertado enfoque de los temas periodísticos. Un entrenamiento todo terreno con efectos nocivos si no se complementa con una solvente base teórica.

La falta de preparación en el campo intelectual, flexibilización laboral mediante, atenta contra la calidad informativa. Lamentablemente, son pocas las empresas periodísticas que alientan la especialidad temática o el cumplimiento de un sesgo ético profesional. Confundir roles en esta actividad es uno de los graves problemas que hoy, entiendo, tiene el periodismo, cuando muchas veces deja de lado la distancia que hay que guardar con respecto al objeto de estudio. Creerse más importante que la noticia o que el personaje es

uno de los pecados diarios que cometemos aquellos que tenemos la dicha de contar con un micrófono para relatar lo que vemos que pasa.

La discusión sobre una deontología del periodismo es un debate postergado, como consecuencia de que la prensa ocupa funciones extraordinarias por el desprestigio de los tres poderes institucionales. Y no ha tenido tiempo de mirarse a sí mismo. Sería deseable que esto ocurriera antes de que los comunicadores también pasemos a la hoguera del rechazo público.

Hacia el autocontrol

Los intereses de las empresas periodísticas, los aprietes del poder o los casos de comunicadores inescrupulosos deben balancearse con una mejor preparación profesional y autocontrol.

La mala praxis en los medios genera una deficitaria comunicación. Ahora bien, una cosa es equivocarse porque uno no sabe manejar y otra es tener un carnet profesional y violar semáforos en rojo de forma sistemática.

Contar con un receptor entrenado y hasta militante del escepticismo confiere una responsabilidad doble a aquellos que siguen pensando primero en comunicar antes que en criterios comerciales o políticos.

Resulta urgente abrir la discusión, entre los trabajadores de prensa y los dueños de los medios sobre una deontología del contenido periodístico, que contemple acciones de defensa más directa hacia los “consumidores” mediáticos.

Un “ombudsman” del oyente, que retransmita mensajes u opiniones, con el criterio de producir un feedback más democrático, y respetar el derecho a réplica son deberes pendientes.

Los filtros informativos son inevitables desde dos puntos de vista: el concepto de empresa periodística con sus respectivos intereses, a los que hay que sumarles los intereses particulares de los periodistas y también el formato para comunicar por parte de cada medio.

Sin embargo, en este sentido la radio establece un vehículo comunicacional de mayor apertura hacia la diversidad de opiniones que los demás medios.

Por supuesto que existe una agenda recurrente que los productores radiales abren a actores sociales que ya dijeron todo o casi todo, o que hay periodistas que manipulan u opinan antes de volcar la información.

Hay, pese a este fuerte déficit, algunos datos positivos en cuanto al avance de un autocontrol tendiente a oxigenar la praxis periodística.

Un principio alentador fue, por ejemplo, comenzar a polemizar sobre los criterios de cobertura de notas impacto, tales como los secuestros extorsivos o asaltos con rehenes. Desde la Gerencia de Radio Mitre se decidió dejar en paz a los familiares de las víctimas

con guardias permanentes en sus viviendas, que entorpecen las negociaciones y la investigación de la policía. Informar sí, pero con la reserva de evitar darles un peligroso protagonismo a los delincuentes es la nueva consigna.

Es un ejercicio saludable el de intentar ponerse en el lugar del otro. Es pensar, cada vez que se aborda la cobertura de estos dramas, qué sentiríamos si les pasa algo similar a nuestras familias. Hay veces en que ciertas coberturas periodísticas son comparables a un “secuestro” de la privacidad de las personas.

España y otros países desarrollados prohíben a los medios difundir algún tipo de noticias de fuerte impacto emocional, como las de los suicidios, por entender que se corren riesgos de un efecto contagio.

Dentro de la anarquía y el caos comunicacional, existen aspectos irrenunciables como el de la libertad de expresión. Ejemplos sobran de cómo se ejerció un control desde los medios contra hechos de corrupción. Se podrá decir ¿para qué sirvió si la impunidad en muchos casos persiste? O ¿cuántas veces en nombre de la libertad de prensa se omitió información por el principio regulador de libertad de empresa? La misión de los medios no es juzgar sino mostrar la realidad, sin especulaciones. En este sentido, la radio, como excepcional medio de difusión, sirvió y servirá para demoler muros de silencio, con todas las limitaciones del caso.

Entretenimiento vs. información

Según datos oficiales, un 40 % de los oyentes nacionales opta por escuchar AM, y el resto vuelca sus preferencias por la FM. Las noticias en la frecuencia modulada acompañan la buena honda de la música con un criterio de dosificación según el perfil de la emisora. Por su parte, el AM viene sobrellevando un proceso de transmutación con la FM, que no sólo pasa por el pase de excelentes profesionales del género “entretenimiento” sino que repercute claramente en un cambio de contenidos.

En este contexto, es cada vez más preocupante el crecimiento del entretenimiento en los espacios de programas de actualidad radial en detrimento de la información.

Se podrá decir que el proceso de contagio es de doble lectura, en cuanto existen programas periodísticos que en la FM llegan a jóvenes poco interesados en la actualidad o a personas que quieren mirarla con menos crispación. Es posible; creo de todas maneras que en el camino perdió la profundidad temática.

La cultura de lo “ligh” lleva a responsables de contenido a falsas opciones. ¿Cómo vamos a hablar de política si es aburrido? Un escándalo “vende” mucho más que un proyecto de ley sobre educación o una mesa de discusión sobre qué hacer con la pobreza.

La espectacularización de la noticia atenta contra la búsqueda de los porqués, como refuerza el forcejeo de polémicas inútiles, que siempre resultan atractivas en el marco del show radial.

La era de la imagen encanta e hipnotiza al público ávido de la ficción, pero a la hora de informarse afortunadamente cree más en el relato directo de los protagonistas. Y ante casos de sucesos de gran interés, elige informarse por la radio. La radio es un pulmón informativo fundamental, que retroalimenta a los otros medios.

La misión de los cronistas es la base de sustentación de la cual parte la construcción de una noticia. Muchas de las opiniones posteriores “calificadas” parten de esos primeros escarceos con la actualidad.

Ya no es tan cierto que los programas de radio sólo informan a partir de lo que traen los diarios. Ellos son una base importante, pero cada vez más existen, de acuerdo con el profesionalismo del sistema informativo radial, fuentes propias.

Amanece con los diarios un sector privilegiado, que puede cubrir el gasto diario de un matutino. Ni hablar de la proporción que queda excluida del contacto con la letra impresa los días domingos, en los que el diario (por su precio) pasó a ser un artículo de lujo. Esa herramienta asombrosa llamada Internet –según la última medición del Indec– alcanza a un 9% de los hogares en el ámbito nacional, mientras que los que tienen una PC en su casa son tan sólo un 21%.

Es significativo el crecimiento de lectura de los diarios por este medio. Mientras que a la franja de sectores medios apremiados le queda el diario de distribución gratuita o la síntesis informativa nocturna de la TV.

La radio juega con ventajas de penetración mayor por ser su característica especial el entrar a las casas o lugares de trabajo sin interrumpir la rutina diaria.

Este aspecto de la crisis genera una fuerte responsabilidad en los dueños de los medios sobre cómo informar a una sociedad que paradójicamente estaría más “informada”, globalización mediante, y a la vez menos formada.

¿Cómo forman opinión los sectores más excluidos de la Argentina? Pregunta que con sólo plantearla alarma al tener en cuenta las escalofriantes estadísticas de deserción escolar.

La radio convive con esta familiaridad de la crisis de valores en la sociedad, amaniatada desde su falta de capacidad crítica de lo social y abriéndose de forma desmesurada al entretenimiento.

El rol de servicio público tiene escasa oportunidad ante el monopolio del mercado, en el cual es posible “vender” una noticia como si se tratara de una pomada hemorroidal. La crisis de la palabra y el diálogo adquieren dimensiones importantes en los males que nos aquejan, y la radio manejada con responsabilidad puede ser un excelente vehículo para intentar recuperar esos valores perdidos.

Contar con un receptor entrenado y hasta militante del escepticismo confiere una responsabilidad doble a aquellos que siguen pensando primero en comunicar antes que en criterios meramente comerciales.

Periodistas de exteriores

Hace unos años, una “movilera estrella” de radio declaró en una entrevista que la condición más importante de un periodista de la calle para destacarse debía ser su preparación física. Según la particular visión de esta colega, el cronista que corriera más

rápido a un entrevistado, el que gritara más fuerte las preguntas obvias, o simplemente pudiera grabar la voz del personaje del día debería ser considerado un buen profesional. Esta posición no es antojadiza ni personal. Muchos otros hombres de prensa piensan que desde el punto de vista profesional valen mucho más unas pocas palabras sin mayor trascendencia que una declaración que fije una posición o exprese un anuncio. Este periodismo del show efectista destaca el impacto, la reacción y el adjetivo fácil, que sólo sirven para titular rápido. Así se ubica en primer plano lo subalterno para ocultar lo trascendente.

Otros periodistas pensamos que una idea, una acción y hasta un sentimiento espontáneo merecen considerarse como noticia. Un grupo numeroso de profesionales de la comunicación creemos que el ejercicio del pensamiento, la crítica, y la responsabilidad profesional están por encima del desarrollo del músculo de la pierna, como decía la periodista mencionada en el comienzo.

Pero esta concepción profesional parece estar fuera de moda. No obstante, somos muchos los que ratificamos las buenas prácticas profesionales. Nos importa escuchar al entrevistado, para volver a preguntar sobre sus respuestas. Creemos que hay que difundir una noticia en el contexto de la información, para no perder el bosque mirando el árbol. Sabemos que la expresión de todos los sectores involucrados en un tema permite a los oyentes y televidentes elaborar su propia opinión. Y que informar con responsabilidad profesional y pautas éticas ayuda a construir destinatarios libres y críticos hasta de nuestro propio trabajo.

Una de las ventajas que tiene el periodista que trabaja en exteriores es observar al entrevistado, poder mirarlo a los ojos, y ver sus gestos. Esta situación nos ayuda a interpretar sus respuestas, y repreguntar con más “data” que la de su discurso. Se puede incluso hasta opinar, pero respetando la información y salvaguardando la posibilidad del entrevistado para exponer su réplica.

Estas reglas son violentadas por los buscadores compulsivos de lagrimas fáciles o relatos estridentes. Estos artífices de un periodismo amarillo, descalificado y alejado de la gente, no respetan códigos profesionales ni humanos. Se encargan de violar off the records, y engañan a los entrevistados grabando conversaciones no autorizadas para “salir al aire”. Estos sicarios de la información destrozan el periodismo, rompen los vínculos profesionales entre los periodistas y sus fuentes, y nos meten a todos en la misma bolsa de desprestigio, falta de credibilidad y menoscabo de la actividad.

Si analizamos qué motivaciones tienen estos malos periodistas para violar las normas éticas y profesionales se pueden rastrear varias causales. Entre ellas están, por ejemplo, la necesidad personal de ganar espacios y crecer a nivel profesional. Otra razón puede ser un motivo económico, se busca la notoriedad para mejorar la remuneración salarial. Pero, sin duda, la mayor problemática de la profesión tiene que ver con las falencias en la formación.

Durante muchos años se consideró al periodismo como un oficio. Se pensaba que los reporteros se formaban en las redacciones y que la única escuela válida era la actividad laboral. Sin embargo, la aparición de las escuelas terciarias de periodismo y los estudios universitarios permitieron formar profesionales con un horizonte intelectual más amplio. Pero la “moda” de estudiar periodismo también trajo sus inconvenientes. Así aparecieron

los cursos express de periodismo, los títulos otorgados como chorizos, y las escuelas privadas más preocupadas por cobrar cuotas que en la excelencia académica. Esta situación indujo la presencia de periodistas con importantes deficiencias en sus formación.

En medio de esta circunstancia, la actividad padece en materia laboral de todas las condiciones precarias a las que está sometida la clase trabajadora en nuestro país. Los “movileros” de radio o TV trabajan entre 8 a 12 horas, cobran sueldos módicos y están sometidos muchas veces a condiciones inseguras de trabajo. En algunos casos los periodistas no son reconocidos como trabajadores estables, y en otras circunstancias no reciben los aportes que marca la ley.

Los hombres de prensa que trabajamos en la calle estamos expuestos a las alternativas de la crisis que vive el país. Realizamos coberturas en notas donde se ve a gente desgarrada por la falta de trabajo y sometida a las más bajas humillaciones por su condición de pobres. Otras noticias tienen que ver con la pelea de trabajadores por su fuente de empleo o un salario más justo. En otros casos las informaciones se relacionan con la búsqueda de justicia por muertes de gatillo fácil o víctimas de inseguridades varias. El conflicto social en la Argentina tomó tal virulencia que todas las semanas se trabaja sobre una información que termina en represión, piquetes o muerte.

En estas circunstancias, los periodistas vivimos en tensión permanente, sometidos a los ánimos sociales, en contacto directo con las heridas más abiertas de nuestra sociedad. Esta circunstancia nos obliga a redoblar los esfuerzos para informar con precisión, responsabilidad y libertad.

No obstante y pese a todo lo expuesto, el compromiso fundamental de los periodistas debe ser con la gente y su realidad. Más allá de las limitaciones profesionales, de las restricciones laborales y de los impedimentos emocionales, la actitud debe ser la búsqueda constante de la verdad. Sin anteojeras ideológicas ni compromisos comerciales. Por la dignidad de la profesión, y para contribuir al bienestar de nuestra sociedad y la estabilidad de las instituciones en nuestro país.

Diego Colombres
Lic. en Ciencias de la Comunicación, UBA.
Periodista en Radio Del Plata y en Radio América.